



¿QUIÉN TE DIJO
QUE EL AGUA DEL MAR
ERA DULCE?

Ciό Lerma

¿QUIÉN TE DIJO
QUE EL AGUA DEL MAR
ERA DULCE?



Primera edición: junio de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Cío Lerma

ISBN: 978-84-10253-92-6

ISBN digital: 978-84-10253-93-3

Depósito legal: M-14790-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todos los que en algún momento me han empujado
a seguir escribiendo, especialmente a los que fueron duros
conmigo cuando tuve ganas de abandonar.*

*A Pilar Eyre, por hacerme llorar con sus mensajes
valorando positivamente esta novela mientras iba
en un autobús repleto de gente que me contemplaba atónita.*

*Por aceptar ser mi prologuista sin ningún tipo de condición, por
el cariño y la generosidad con la que desde entonces
me ha tratado y por hacerme sentir honrada
cada vez que me llama «amiga».*

*A Concha Sánchez, mi abuela, a Guillermo Pousada
y a José Boan porque, a pesar de haberse ido,
siguen siendo una gota de agua dulce en el mar
de agua salada de los que nos hemos quedado aquí.*

A vosotros, por haber decidido vivir esta historia conmigo.

Os abrazaría uno por uno.

Gracias.

«A veces, sentimos que lo que hacemos
es sólo una gota en el mar,
pero el mar sería menos sin esa gota».

MADRE TERESA DE CALCUTA

PRÓLOGO

¿QUIÉN TE DIJO QUE EL AGUA DE MAR ERA DULCE?

Aviso para los lectores: esta novela crea adicción. Como las drogas potentes, actúa con suavidad y no te das cuenta de que te estás enganchando hasta que adviertes que las horas pasan volando y que no puedes mantenerte alejada de los personajes que habitan sus páginas ¡pero ya es demasiado tarde! Ese largo diálogo de Conchita y su nieta, en el que además de narrar los hechos cotidianos que jalonan sus vidas van dando cuenta de los acontecimientos políticos que se van produciendo en el país a lo largo del siglo XX, no decae en ningún momento en un equilibrio tan difícil como el malabarista que maneja diez platos a la vez sin que ninguno se caiga al suelo. Con sensibilidad, con ternura, con sabiduría, en un lenguaje que parece sencillo, pero ante el que me descubro como escritora, vamos conociendo esas existencias difíciles que quizás no tienen nada de extraordinario y que, precisamente por ello, resultan extraordinarias.

Cuando acabé el libro le dije a la autora que lo que más me había gustado era esa autenticidad que recorría la narración, como un hilo rojo construido puntada a puntada por vivencias, recuerdos familiares, memoria ciudadana, biografía... No sé si es un relato real o ficticio, lo que sí sé es que todo lo que narra es de verdad. *¿Quién te dijo que el agua del mar era dulce?* es quizás el homenaje más

grande y emocionado a los emigrantes que debieron dejar sus pueblos empujados por el hambre y la miseria y que sacaron adelante este territorio. Sin teoría, sin demagogia, simplemente mostrándonos unos individuos de carne y hueso, con el sello psicológico que solo tienen los grandes narradores. No hay impostura y, aunque ocurren muchas aventuras y giros de guion, no hay trampas, ni efectismos especiales, ni cursilería, ni dramas pelicularos, hay unas vidas difíciles repletas de dignidad, porque esa es la gran cualidad de los seres humanos: la capacidad de salir adelante. Al mismo tiempo entendemos mejor nuestra historia al ver como incide en las vidas pequeñas de los ciudadanos. Como dice Vargas Llosa: «no hay nada como los recursos y la visión del novelista para resaltar y enfatizar los hechos históricos».

¿Cuántos personajes salen en el libro? Muchos, pero cada uno es distinto y al mismo tiempo todos nos son familiares, como si hablaran de nosotros. Decir que he disfrutado es quedarme corta: me he inquietado, he apreciado la calidad de la prosa —demonios, qué difícil es escribir fácil—, he aprendido, me he reído y he llorado, hasta el punto de que he encontrado un vacío muy grande cuando he acabado la novela. Como dice Walt Withman: «acerquémonos a los libros sin miedo, quien toca estas páginas toca un ser humano». Muchos, Ció, la humanidad entera.

PILAR EYRE

CAPÍTULO 1

Málaga, 1936

Eran las seis de la madrugada cuando subí a aquel coche de línea que cubría el trayecto Málaga-Valencia. Por primera vez me alejaba de mis padres en mis veintiún años de corta pero intensa vida. Me daba miedo mirar hacia atrás: si veía a mi madre llorar me hundiría, como lo hace una barquita en plena tempestad.

Una señora mayor, de apariencia elegante y amable, me sonrió invitándome a ocupar el asiento que se encontraba a su lado. No me lo pensé dos veces; tener una compañera de viaje era una idea que no me desagradaba en absoluto. Además, la plaza que me ofrecía estaba situada junto a la ventana, lo que me permitiría disfrutar del paisaje durante el largo trayecto que teníamos por delante.

Aunque me entristecía profundamente dejar mi tierra, mis raíces, el lugar que me había visto crecer y mi familia, he de admitir que sentía cierta curiosidad por conocer nuevos parajes: ver montañas, ríos, pueblos, lugares que nunca antes había tenido la oportunidad de visitar. Para mí todo aquello era una aventura, una triste aventura, pero una aventura en todo caso.

Me dispuse a ocupar mi lugar y al pasar por el escaso hueco que quedaba entre las rodillas de mi recién conocida acompañante y los asientos que teníamos delante, la pisé. Ella, lejos de reprocharme el pisotón, me dedicó una cálida sonrisa y no dudó ni un segundo en aceptar mis disculpas, que fueron, dicho sea de paso, inmediatas.

Una vez acomodada en mi sitio y sin ganas de causar más molestias, pues ya me sentía suficientemente ridícula, deposité mi escaso equipaje al lado de mis pies.

La señora que me acompañaba tocó mi hombro con su dedo índice y, con el mismo, me indicó la red que teníamos sobre nuestras cabezas. Comprendí que me mostraba el lugar adecuado donde colocar mis bártulos. Le agradecí la información y, una vez más, me volvió a mirar de manera complaciente. Estaba claro que meter la pata era lo mío, menos mal que había dado con alguien que aparentaba ser tolerante con aquellos que no hemos sido dotados con el don de la gracilidad y la brillantez.

Aquella mujer parecía alguien de muy buena posición. Las telas que la vestían no estaban hechas de algodón, que era lo único que había visto en mi casa. Lucía un bonito vestido de viscosa brocado con delicados bordados de seda. La botonadura tampoco era corriente. Cada uno de los botones estaban esmeradamente forrados con la misma tela que el vestido y lo recorrían de abajo a arriba, en una hilera perfecta, hasta acabar cerrando un cuello camisero. Un crucifijo de oro, sencillo, pero de dimensiones considerables colgaba de su cuello, esbelto, aunque ligeramente ajado por el paso de los años y sus muñecas estaban abrazadas por no pocas pulseras adornadas con diversos abalorios que reproducían un agradable tintineo cada vez que movía sus manos. Para completar aquella impecable imagen, su cabello recogido en un moño estaba presidido por un pasador plateado sembrado de pequeñas piedras brillantes. Su apariencia era la de una mujer distinguida, de educación y modales exquisitos, y yo, era sólo una muchacha de barrio humilde, que no había subido nunca a un coche de línea y que no hacía más que errar en cada paso que daba.

Por primera vez salía de Málaga y no tenía ni idea de lo que me iba a encontrar más allá de las lindes de mi pueblo. Era un viaje a lo desconocido, pero siempre tuve el convencimiento de que estaba haciendo lo correcto y de que tal vez, con el tiempo, la decisión que estaba tomando en ese preciso instante, me permitiría abrir a

mis padres las puertas hacia una vida mejor, muy distinta de la que ellos conocían.

Tuve la valentía de echar un vistazo por la ventana. El peor de mis presagios se cumplió. Mi madre me buscaba con la mirada. Movía la cabeza con desespero a derecha e izquierda a la vez que secaba el sudor de su frente con un pañuelo blanco; mi padre estaba a su lado, impertérrito, frío, sin ningún gesto en su cara que mostrara algún tipo de emoción, como siempre.

Golpeé el cristal de la ventana con los nudillos con el fin de llamar su atención y ella, al verme, relajó su semblante y se llevó la mano derecha al pecho. Un suspiro de alivio se le escapó de los labios.

Rosario *la Catalana*, como era conocida en el barrio debido a su origen barcelonés, tenía problemas de corazón. A menudo sentía una opresión en el pecho que le dificultaba respirar y aunque no se quejaba nunca, el gesto de llevarse la mano al corazón la delataba.

Me asusté. Pensé que el hecho de ver a su hija partir tan lejos tal vez fuera el último envite que su corazón iba a resistir. Me levanté y después de algunos intentos frustrados conseguí abrir la maldita ventana. Un «¡madre!» cargado de terror me salió del alma. Ella se cogió con firmeza del brazo de mi padre, que continuaba impasible, inmóvil, y se secó las lágrimas con el pañuelo blanco que ella misma había confeccionado unos días antes y que contrastaba con el atuendo negro que siempre lucía. Negro de luto, negro de dolor por la muerte de dos hijos.

La hubiese abrazado en ese mismo instante. Sentí su vacío, su sufrimiento, sus ganas de pedirme que me quedara y a la vez de empujarme para que me fuera bien lejos y que abandonara esa pobreza que me había rodeado. En su cara se dibujaba la angustia, la tristeza y la agonía, pero también se atisbaba un ligero brillo de esperanza en aquellos ojillos que tanta crueldad habían contemplado. Y fue esa pequeña ilusión que vi en aquella mirada transparente, ilusión por garantizarme un futuro mejor, lo que hizo que no desistiera de aquel viaje.

El motor del coche se puso en marcha y mi pulso se aceleró. Intenté tragar saliva, pero se me hizo un nudo en la garganta. Los ojos se me encharcaron de lágrimas, había llegado la hora de la despedida. Mi acompañante de asiento se percató de mi pena y volvió a dedicarme una sonrisa mientras daba unos leves golpecitos sobre mi mano izquierda.

De repente se formó una gran algarabía entre los viajeros. La gente se levantaba y abría las ventanas por las que sacaban medio cuerpo. Alargaban sus brazos intentando estrechar, por última vez, la mano de aquella persona querida que había ido a despedirles, aquella que no sabían cuándo volverían a ver. El griterío era generalizado, todo el mundo quería despedirse de los suyos. Se oían llantos, algunos desesperados, promesas de reencuentros no muy lejanos, de futuros mejores... Pero entre todo aquel alboroto había una expresión que sobresalía, que se repetía incesantemente y que se oía más que ninguna: «te quiero».

La señora que se sentaba a mi lado no se movió, parecía que nadie había venido a acompañarla, mantenía un gesto sereno, como si el hecho de marcharse de Málaga no la afectara mucho. Pensé que tal vez no se iba, si no que regresaba a su tierra y que ese era el motivo por el que se veía tan relajada e incluso, yo diría, que algo feliz de irse.

Volví a mirar por la ventana y busqué a mi madre entre la muchedumbre, pero no estaba. Tal vez se había ido para evitar el mal trago de ver a su hija alejarse. «Me hubiese gustado verte otra vez mamá», pensé, pero era lógico que no estuviera allí, no es plato de gusto tener que separarte de una hija.

Volví a mirar a mi compañera de reojo, que continuaba con el mismo gesto reposado. Hubiese querido iniciar una conversación con ella y preguntarle el motivo de su viaje, pero no me atreví.

Bajé la cabeza y cerré los ojos. En un momento vi mi vida pasar delante de mí. Sentí miedo, tristeza y mucha nostalgia. No hacía ni cinco minutos que no veía a mi madre y ya la echaba de menos. «Tienes que ser fuerte, Conchita», me dije a mí misma. Abrí los ojos y volví a buscar a mi madre entre la multitud, sin éxito.

El coche inició su marcha lentamente. Nos íbamos. Apoyé mi cabeza en la ventana. De repente, un golpe seco me sobresaltó. Mi madre se había abierto paso entre la gente y sus puños golpeaban el cristal. Las lágrimas bañaban completamente su cara que en ese momento sólo mostraba desesperación.

Saqué los brazos por la ventanilla y conseguí rozar levemente las yemas de mis dedos con las suyas, hasta que la velocidad del coche nos separó definitivamente. Siempre recordaré el tacto de sus manos acariciando las mías.

Aún corrió unos metros a mi lado. La dos llorábamos y nos decíamos cuánto nos queríamos. Después se paró, exhausta. Saqué la cabeza por la ventana para poder verla unos segundos más. Agitaba su pañuelo blanco como símbolo de despedida, gritaba que me quería por encima de todo y por primera vez utilizó la forma imperativa conmigo: «¡Sé feliz!». Fueron las últimas palabras que le oí pronunciar. Luego, el polvo levantado por las ruedas del vehículo hizo que su imagen se fuera desvaneciendo lentamente, hasta que desapareció por completo. No sabía cuándo la volvería a ver.

Sentí una nostalgia inmediata de la ciudad que me había visto nacer, Málaga, y del barrio de Huelin, mi barrio. Habían sido unos años no muy fáciles para mi familia, aun así me consideraba muy afortunada.

Mi padre era de origen valenciano. Se trasladó de Valencia a Málaga con mi madre cuando se casaron. Allí había trabajado siempre en el campo, en los naranjales que poseía su familia, pero el trabajo escaseaba y había oído hablar de las grandes posibilidades que había en el puerto de Málaga. Una vez aquí se dio cuenta de que tales oportunidades no existían, de todos modos, decidió quedarse y aprender un nuevo oficio, el que desempeñó a lo largo de toda su vida. Siempre fue pescador. Era un hombre muy trabajador. No le importaba dar grandes madrugones y pasar jornadas enteras en el mar sin más compañía que la soledad si eso le permitía poner un plato en la mesa. Podría reprocharle muchas cosas a mi padre, pero nunca el hecho de que no hiciera lo imposible para que ni a mis hermanos, ni a mí, nos faltara la comida y el vestido.

Mi madre se hacía cargo de las tareas del hogar, que no eran pocas, y de todos los hijos que iban llegando, además de resolver cualquier problema que pudiera surgir.

Todavía hoy admiro la capacidad que tenía para afrontar con serenidad cualquier situación por complicada que fuera. Ella siempre conseguía mantener la calma y nos transmitía tranquilidad a todos los que estábamos a su alrededor. Yo era pequeña y me sentía muy protegida por mi madre, pensaba que ella siempre conseguiría resolver cualquier infortunio que se nos presentara, que no había nada imposible para una mujer tan fuerte como ella. ¡Estaba tan equivocada! ¡Cuánto debe de haber sufrido mi pobre madre!

Fui la segunda de cinco hermanos. Mi hermana mayor, Amparo, era más bien menuda, redondita, morena y con un fuerte carácter que sin duda había heredado de nuestro padre. Esta rebeldía que la caracterizaba había provocado no pocos desencuentros con el cabeza de familia, se parecían demasiado. Mi madre y yo intentábamos que la sangre no llegara al río cuando discutían, pero no siempre lo conseguíamos.

Amparo era tozuda y la única en toda la casa capaz de plantarle cara a mi padre. Mi madre y yo nunca nos hubiésemos atrevido a llevarle la contraria, ni a hablarle en el tono que ella lo hacía y si alguna vez lo intentamos, bastó una de sus miradas cargadas de ira para hacernos desistir.

Amparo parecía que gozaba desafiándolo. Recuerdo una noche en la que su atrevimiento fue demasiado lejos y acabó pagando las consecuencias.

Aun sabiendo que mi padre nos tenía prohibido usar cualquier tipo de maquillaje, por sutil que fuese, ya que él consideraba que esas cosas estaban reservadas a mujeres de mala reputación, Amparo se atrevió a aparecer en casa con los labios pintados.

Lo hacía a menudo esto de maquillarse, pero a espaldas de mis padres. Iba al baile a escondidas con una amiga y se pintarrajeaban juntas. En casa decía que iba a bordar y antes de su vuelta nunca olvidaba quitarse toda la pintura que llevaba encima, pero aquel día no lo hizo.

Estábamos a punto de sentarnos en la mesa para cenar y mi padre ya se quejaba porque Amparo aún no había llegado a casa. Mi madre y yo intentábamos excusarla diciendo que seguro que estaba a punto de traspasar el portal, que se habría entretenido con cualquier vecina hablando en la calle. Estaba poniendo una cacerola con patatas hervidas en la mesa cuando de repente, apareció Amparo con los labios rojos como una granada madura.

A mi madre le cambió la cara y el cucharón que llevaba en las manos le cayó al suelo, no pudo más que lanzarle una mirada de reproche a la que Amparo contestó con una amplia sonrisa.

Mi padre, que era hombre de poco diálogo, no se lo pensó dos veces y le lanzó una silla a la cabeza mientras por su boca salían sapos y ranas de todos los colores. La brecha que le hizo a Amparo sangraba sin cesar, pero de sus ojos brotaban más lágrimas que de su cabeza sangre. Sin duda, las palabras proferidas por mi padre le hicieron mucho más daño que la herida.

Mi madre y yo no tuvimos ni tiempo de reaccionar. Esa noche la acabamos en la Casa de socorro, donde el doctor puso unos puntos de sutura a Amparo.

No hizo falta simular que se había tratado de un accidente doméstico. Mi padre explicó al médico todo lo que había pasado, sin dejarse ni un punto, ni una coma, añadiendo con contundencia que en su casa no había sitio para rameras y que lo volvería a hacer siempre que una de sus hijas intentara desviarse del camino de las mujeres decentes.

El médico hizo un gesto de aprobación a la vez que pasaba su brazo por el encima del hombro de mi padre y decía: «Señor Juan, no hay más vergüenza para una familia que tener una hija casquivana. Más hombres como usted y reinaría la decencia en este país». Eran otros tiempos...

Me pasé toda la noche secando las lágrimas de mi hermana, que lloraba más de rabia que de dolor. Mi madre no se atrevió a levantarse de la cama, si mi padre la hubiese visto compadeciéndose de su hija, lo habría tomado como una ofensa, una desaprobación a su

castigo y un ataque contra su autoridad, lo que hubiese hecho que la situación empeorase y mucho.

Yo era tres años más pequeña que mi hermana. Nací en 1915, cuando en España reinaba el rey Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia.

Al contrario que Amparo, yo era espigada. Alta, delgada, de piel blanca, cabello castaño y ojos verdes. De carácter tranquilo y reservada, era feliz pasando largas horas con mi madre, aprendiendo a hacer las tareas del hogar y labores. Tenía buena relación con todo el vecindario. La gente, de mí, decía que era simpática y extrovertida porque saludaba a todo el mundo, me paraba a dar conversación a las vecinas y se me oía cantar con frecuencia; pero a su vez, era muy discreta, de lo que pasara en casa no decía nada a nadie. Lo que pasa en casa, se queda en casa, a nadie le importa.

Mi madre decía que yo era como un cascabel. Ella me daba buenos consejos para que un día llegara a ser una buena ama de casa y me inculcaba la necesidad de tener un respeto por mi padre sólo equiparable al que algún día habría de tener por mi marido. «A los hombres hay que respetarlos, son los cabezas de familia, los que traen el pan a casa. Cuando tienen razón, la tienen y no hay que quitársela y cuando no la tienen, debemos dársela para hacerles sentir fuertes e importantes. Cuando tu marido llegue a casa, todo debe estar a punto, que nunca pueda reprocharte nada. Ten siempre presente lo que te estoy diciendo, hija mía», me decía día sí, día también.

Pobre, mi madre. Ella pensaba que hacía tan bien aconsejándome de esa manera, pero es que antes las cosas eran así, las mujeres al lado de los hombres no éramos nada ni nadie.

Cuando tenía cuatro años tuve un hermano, se llamaba Paquito. Nació enfermo, pero nunca nos dijeron el nombre de la enfermedad que padecía. Era una dolencia extraña y desconocida por los médicos de la zona. La cabeza de Paquito crecía como la de cualquier niño, pero en cambio su cuerpo prácticamente no se desarrollaba.